

de su fuerza, con el prejuicio de que los dioses lo protegen. Podrá ser criticable, sobre todo, cuando no tiene éxito; pero lleva generalmente á los pueblos, como á los hombres bien dotados, á los mejores destinos... ¡Ah! ¡La mentira del propio valer anima el brazo y levanta la frente tantas veces como la mismísima conciencia del verdadero mérito!

CAPITULO II

EDUCACIÓN DOMÉSTICA

SUMARIO: § 58. Importancia del estudio *científico* de la educación doméstica.—§ 59. Diferencias capitales entre el espíritu de la educación doméstica y el de la instrucción pública.—§ 60. La *pasividad* como rasgo típico del sistema de la educación doméstica anglo-individualista.—§ 61. Méritos del sistema.—§ 62. Moralidad del sistema respecto de las relaciones de padres é hijos.—§ 63. Moralidad del sistema respecto á la constitución del matrimonio.—§ 64. Ventajas político-económicas del sistema.—§ 65. Diferencias entre el método de la educación doméstica y el de la instrucción pública en Inglaterra.—§ 66. Papel social de los *tutors* escolares y universitarios.—§ 67. El espíritu individualista de la educación inglesa cristalizado en algunas expresiones del idioma.—§ 68. Relatividad de la doctrina expuesta.—§ 69. Paralelo entre el espíritu de la educación doméstica y pública en Inglaterra y Francia.—§ 70. El *fagging* como anomalía tolerada por el espíritu individualista de instrucción pública anglosajona.—§ 71. Espíritu individualista prototípico de la educación norteamericana.—§ 72. El sistema de educación que se aplique, ¿depende sólo de la voluntad de los educadores, ó también, en parte, de la idiosincracia de los educandos?

§ 58. *Importancia del estudio científico de la educación doméstica.*—Olvida por regla generalísima el tratadista de instrucción pública, y aun el de universal pedagogía, todo lo que á la educación doméstica atañe: ya porque la considera de nimia importancia,

indigna de merecer una especial atención científica; ya porque piensa que es independiente, que no tiene conexión alguna con las particulares ramas de su ciencia; ya porque la supone tan empírica que resulta caprichosa, rebelde á todo método ó estudio sistemático. Estas tres suposiciones son erróneas, en virtud de los siguientes principios de indiscutible evidencia.

1.º La educación doméstica es la que da al niño sus conceptos-madres, su primer criterio y sus más íntimos prejuicios; luego es trascendente, y merece toda la atención del pedagogo.

2.º La educación es toda una, ya doméstica ó pública; sus procedimientos deben ser congruentes y recíprocos, so pena de destruirse la una á la otra, ó de debilitar su eficacia; luego al estudiarse la instrucción pública, deben tenerse presente el deslindamiento, los principios y la función de la educación doméstica.

3.º La educación doméstica, por empíricos que sean sus procedimientos, obedece á sanos y sólidos fundamentos de moral, lógica y psicología; luego debe constituir una rama científica de la pedagogía.

§ 59. *Diferencias capitales entre el espíritu de la educación doméstica y el de la instrucción pública.*—Una vez establecido que el estudio de la educación doméstica tiene importancia en sí, importancia en relación á las demás ramas de la pedagogía, é importancia como ciencia psico-sociológica, correspondería saber diferenciar tal educación de otras de diversa especie. Opongo la educación doméstica, en razón á que ésta se da *en* el hogar y por la familia, á toda otra que se reciba *fuera* de él y por personas extrañas, tales como la instrucción privada y la pública. Ocurre ahora

preguntar si la única diferencia entre esa educación y la instrucción consiste en el sitio en que se reciben y en las personas que la aplican; si no existen, aparte de la diversidad de los sujetos educantes (los padres ó quienes los representen en el primer caso, en el segundo maestros y profesores), algunas otras diversidades de *objeto especial y de método ó modus operandi*... Ello es que existen, á saber:

Objeto especial.—La educación que se recibe en el hogar tiene por principal y casi exclusivo fin *educar* el temperamento, formar el carácter, el criterio, los sentimientos; sólo por excepción se dedica á *instruir*, ó sea á enseñar las ciencias y las artes. En cambio, la educación pública y privada que se encomienda á nuestras escuelas, colegios y universidades, de particulares ó del gobierno, ocúpase tanto ó más en *instruir* que en *educar*.

Método ó modus operandi.—La educación doméstica debe proceder por un método *pasivo*, la instrucción pública (abarcando en tal denominación los establecimientos privados que inspecciona el Estado) por un método *activo*.

Ambas cuestiones, la del *objeto especial* y la del *método ó modus operandi* de la educación doméstica y la instrucción pública, tiene su base explicatoria en tres elementos: las vinculaciones de la sangre (natural ó por adopción), la edad de los educandos y su psicología.

En efecto; la educación doméstica es dada por los padres, y recibida por los niños desde la cuna hasta que llegan á usar por sí mismos de su razón; conforme van aproximándose al libre empleo de ésta, conforme van acercándose á esa plenitud, el valor educativo del hogar disminuye por grados. Puede considerarse, pues, el libre uso relativo de la razón y el

iniciamiento en la vida social como la primera nota de la educación doméstica. De estas premisas resulta que, cuanto aumenta el niño en edad y en criterio, palidece la influencia de lo que los anglo-sajones llaman *home education*, educación del hogar. En sentido inverso, el valor de la instrucción pública acrece cuanto acrece la individualidad del educando, hasta la posesión absoluta de su madurez psíquica. Bastan estas consideraciones para comprender cuál es el *objeto especial* de la educación doméstica, cuyo concepto surge con espontaneidad de su propia naturaleza y de la diaria observación.

La *pasividad*, como rasgo característico y diferencial del *método* ó *modus operandi* de la educación doméstica, presenta una mayor dificultad de exposición, y merece, por tanto, una atención mayor.

§ 60. La «pasividad» como rasgo típico del sistema de la educación doméstica anglo-individualista.—La instrucción pública procede, como es á todas luces visible, por un sistema *activo*, pues *obliga* al educando á asistir á determinados cursos, á someterse á ciertos reglamentos, á frecuentes ejercicios físicos é intelectuales, á rendir pruebas de su capacidad y estudios en exámenes orales y escritos. La educación doméstica, en cambio, según el sistema que llamo *anglo-individualista*, por ser originario de países anglo-sajones, y porque desarrolla singularmente la personalidad de cada uno, debe limitar su papel á la observación, dejando amplia libertad al educando para que ensaye su individualidad y experimente las consecuencias de sus actos. Esta debe obrar *pasivamente*, según se produzcan las circunstancias; aquélla provoca de por sí esas circunstancias.

Y si considero al sistema de *home education* anglo-individualista el mejor modelo, es porque educa, desde la *nursery*, la independencia del criterio y de la voluntad de los hombres. Cuya independencia es elemento de salud en la raza, de orden y de fuerza en la política, de riqueza en la economía social, de sensatez en la religión, de moralidad en la familia, de patriotismo en la colonización y la conquista, de fuerza, de salud, de constancia en todas las empresas... Es una de las fuentes mágicas de aquellos bríos que hacen á la nación británica tan apta para gobernarse y gobernar, así en tiempos de triunfo como de derrota, una cuarta parte del mundo civilizado.

Desastrosos suelen ser los efectos de aquel sistema educatorio que algunos publicistas franceses califican de «antiguo» y «latino», según el cual, los hijos ven por los ojos de los padres, oyen por sus oídos, piensan por sus cerebros. Pues éstos, perdiendo entonces su iniciativa, su propia individualidad, marchan apoyados en su guía universal, y se acostumbran de tal manera á ese apoyo, que el día que les falta, la hora en que necesitan afrontar sólo las graves luchas y responsabilidades de la vida, carecen de impulso y de valor. Son como inválidos á quienes arrancan de pronto sus muletas, y que, cercenados de ese antes constante apoyo, flaquean ó caen, incapaces de mantenerse en equilibrio en la ruda avalancha de los hombres y las cosas. Da Macaulay un clásico símil de uno y otro sistema educatorios, cuando compara la posición del duque de Anjou al ser elevado al trono de España, bajo el nombre de Felipe V, con la de un hombre que ha vivido su vida aherrojado á un muro, la tutela absoluta de su abuelo Luis XIV; y que, una vez libre de esa tutela, suelto á su propia individualidad é ini-

ciativas—una vez caído el muro—cae él también al suelo, incapaz de moverse por sí mismo quien tantos años pasara sujeto á la voluntad extraña de tan despótico ascendiente. Ya en vida de aquel autor, pues, como en todos los tiempos, la *home education* debió ser en Inglaterra lo que no es ni fué jamás en Francia: un baluarte del individualismo, pues ningún príncipe histórico se educó en Inglaterra, como Felipe V. Esta faz de la educación anglo-sajona, esta faz que constituye su mayor excelencia, su única excelencia acaso, es, como la filosofía de Hobbes, Bentham, Mill, Spencer, fiel trasunto del *carácter nacional*; como tal, su estudio debe relacionarse al respectivo capítulo.

Hay una época en el desarrollo de la infancia, época de transición en que el sistema anglo-sajón de política paterna se impone como el más saludable, como el único saludable, para que la futura virilidad del adolescente desenvuelva hasta el máximo sus innatas fuerzas: la crisis de la pubertad. La oclusión del sexo se efectúa, como cada cual lo sabe, en un período de total sacudimiento psico-físico. Son sus síntomas característicos una serie de ímpetus más ó menos impulsivos y absurdos, según los temperamentos. Diríase que el sujeto siente dentro de sí un empuje revelatorio de nuevos poderes desconocidos, á los que, tomado por sorpresa y por falta de costumbre, no deja siempre desarrollarse en formas lógicas y tranquilas. Entonces es cuando el adolescente empieza á comprender, á sentir toda la belleza moral de los ideales que sus padres y primeros maestros han debido inculcar en su alma, porque ha llegado el momento de que esos ideales lo contengan é iluminen. Ve más claro, como si ciertos contornos difusos de algunas imágenes silenciosas que guardaba en su espíritu se fue-

ran precisando poco á poco. La observación personal, alguna precoz y amarga experiencia, deben desgarrar, de un momento á otro, las nieblas que hasta entonces le han disimulado las bases humanas—¡tan humanas, demasiado humanas!—de lo que es bueno y lo que es malo... Nunca debe ser más parca, más sobria en imposiciones, que en aquel crítico trance la educación doméstica. Es necesario dejar que el joven reciba sus golpes, pues los golpes le aprovecharán más que las admoniciones y las reprimendas. Que recoja de la vida misma, al iniciarse en la vida, sus duras advertencias; que trague solo sus lágrimas en las primeras noches de insomnio, para que, al levantarse al siguiente día, después de sus reflexiones, tenga más tino en su conducta. Mientras no pida consejo, hay que «dejarle hacer» lo que libremente le ocurra, bueno ó malo, imponiéndole esta única idea-fuerza: que él sólo y sólo él, será responsable de las consecuencias de sus actos. Naturalmente, para el caso extremo de una falta grave, irreparable, la amenaza tácita de un castigo muy serio debe pender siempre sobre su cabeza como una espada de Damocles. Hasta conviene que se determine en algunos casos ese castigo, para tales y cuales desmanes, con una pena concreta: como por ejemplo, según los hogares, expulsión de la casa paterna, ingreso forzado en el ejército ó en la marina en las peores condiciones, aprendizaje en fábricas en calidad de obrero, etc., etc. Luego, mientras no incurra en esa pena capital, que haga el adolescente lo que quiera... ¡Ya le impondrá el mundo, y no tarde, la sanción de la experiencia, enseñándole que quien siembra abrojos no recoge lirios en la ruta del destino!

§ 61. *Méritos del sistema.*—Los méritos del sistema, méritos que describiré en los siguientes párrafos, pueden reducirse á estos cinco incisos:

1.º Propende á consolidar el respeto y la disciplina en los hogares;

2.º A basar los matrimonios en la «afinidad electiva»;

3.º Al mayor incremento de las aptitudes individuales para la producción de la riqueza.

4.º A desarrollar la preocupación del bien público;

5.º Y como resultado total, á cimentar en las costumbres el *individualismo práctico*, que se traduce en el carácter, la ayuda propia, el trabajo, la disciplina, la responsabilidad, la independencia, el ahorro, la dignidad, la responsabilidad personal y social...

§ 62. *Moralidad del sistema respecto de las relaciones de padres é hijos.*—Contra un prejuicio vulgar que atribuye al egoísmo británico ese sistema, y que cree que *desnaturaliza ó destruye los lazos de la familia*, es oportuno observar que, en la práctica, lejos de ello, los afianza.

Al reconocer al hijo desde niño su personalidad, se le imponen responsabilidades de hombre en las relaciones con los suyos. La experimentación de la propia responsabilidad cimienta en el adolescente su cariño hacia sus padres y su casa. Porque nunca siente con mayor vehemencia la necesidad de su consejo y de su apoyo moral, que en los momentos en que tiene que luchar aislado con sus aún débiles brazos; porque es instintivo en el alma humana el apreciar las cosas y los hombres tanto cuanto se nota su falta. A la inversa, la irresponsabilidad y la familiaridad excesiva disminuyen el respeto que los hijos deben á sus padres,

que es la base misma del orden en el hogar. Por ello el sistema individualista de la *home education*, es el más conveniente á la moral *disciplinaria* de la familia.

Y hay otra consideración no despreciable que describiré en el párrafo subsiguiente y que complementa la demostración del teorema planteado en este párrafo: la moralidad del sistema en la constitución del matrimonio. Llegado el momento, el educando deberá formar á su vez, obedeciendo las leyes de la naturaleza, su propio hogar. Ningún método de educación doméstica contribuye mejor que éste á la consolidación de ese nuevo hogar. Porque da á los jóvenes el hábito de la conciencia de sus actos; porque los prepara á la elección sexual con una buena defensa contra sí mismos, en razón de su experiencia individual sobre los caracteres de las personas y las dificultades de la vida; porque deja más amplio campo á la «afinidad electiva», único medio de consolidar la moral del matrimonio; porque efectuado éste, cada cónyuge, por joven que sea, sabe de antemano que nadie sino él sobrellevará las consecuencias de sus hechos; y en fin, porque hace innecesarias las intromisiones de padres y de suegros en el manejo de la casa, cuyas intromisiones suelen ser ingratas, y algunas veces, como en el caso de ausencia y orfandad, imposibles... Así, la educación doméstica individualista es tan favorable al hogar que se hace, como al hogar que se deshace por el poder del tiempo.

§ 63. *Moralidad del sistema respecto á la constitución del matrimonio.*—De alto interés sería indagar cuál de los dos sistemas típicos de educación doméstica—el de la dependencia y el de la independencia—es

el más favorable á una vigorosa organización del matrimonio. Si algo ha demostrado la biología, es que el individuo vive para la especie. Sepamos siquiera vivir para la especie en la forma que la naturaleza, para nuestra mayor felicidad, nos lo impone... La única base lógica del matrimonio es lo que Goethe ha llamado la «afinidad electiva», que Schopenhauer ha querido someter—¡vano intento!—á reglas fatales. Pues bien; sostengo que el sistema anglo-individualista de la *home education* británica es el que mejor propende á consolidar la monogamia—real—que nuestra ética nos impone... Y para demostrar esta tesis, paso á describir la manera de fraguarse la unión conyugal en las costumbres francesas—educación de dependencia y anglo-sajonas—educación de independencia. Quiero ser cándido; abstraer las hipocresías; tomar las cosas tales cuales se pretenden, sin dejar entrelíneas... es decir, tomando fotográficamente—como en caricatura si se quiere—los perfiles angulares. *Honni soit qui mal y pense!*

El ideal aristócrata de la educación de una niña, en París, es bien conocido. Consiste en relegarla á los cuidados del servicio antes de los cinco años de edad; de ahí hasta los nueve ó diez, á la enseñanza de una institutriz; luego se la coloca en el «convento», donde nunca adquiere sino una instrucción superficialísima; y cuando raya en los veinte, se la saca de allí, se le fija una dote, y se la presenta en sociedad, donde todo se opone á que pueda libremente esparcir su juventud. Encontrado al poco tiempo el novio, se la compromete, y se la encierra hasta el día del casamiento... Este debe ser todo el bagaje que aporte al «gran mundo» una dama «distinguida». Por ello ha podido definir, con mucha exactitud, el novelista Feuil-

let, así á una mujer «distinguida»: la que no se distingue. Y el ideal aristocrático de la educación de un joven francés, es hacerlo—¡para siempre!—un *enfant sage*, sumiso, incoloro, inocuo... ¿Cómo se elegirán entonces uno y otro esposo?... Pero interviene un tercer factor, del cual la literatura contemporánea nos ha dado los datos más repugnantes: la avaricia, que hace de cada hogar un desierto. Los novelistas realistas traen detalles inauditos para describir hasta dónde arrastra á veces á los matrimonios aristocráticos y burgueses el deseo de que su familia se componga de un hijo único, ó de dos ó tres, á lo más, para que la fortuna, que se divide democráticamente por las leyes, no deba luego ser demasiado fraccionada. Y la moda que se imponen las castas aristócratas y burguesas trasciende—¡oh snobismo!—como un ukase, sobre aquella parte del pueblo en que, por sus condiciones económicas, es viable la imitación de tan enfermizos ejemplos. Desgraciadamente, la parte más sana de las sociedades se compone de esos borregos de Panurgo que siguen siempre el rumbo que les marcan los delanteros; los que se apartan ó saltan el corral, salvo rarísimas excepciones de intelectualidad superior, son los más ruines. Los rezagados, se quedan generalmente por débiles ó sarnosos. Los pocos espíritus que se remontan, son águilas, y los borregos de Panurgo carecen de alas para seguirlos. Por ello, se puede hablar en términos generales, sin encerrarse en el antiguo Faubourg Saint-Germain. Del cual hace tiempo que se ha dicho, como Marta del cadáver de Lázaro: *Jam foedit.*

En Francia, los padres casan frecuentemente á sus hijos, varones y mujeres, casi sin su consentimiento, y á veces, contra ese consentimiento. En Inglaterra, el

espíritu de absoluta independencia de la *home education*, excluye á los padres en la elección de cónyuge, que resulta así tanto más espontánea y armónica. En Francia se educa á la niña apartada de la sociedad, en una artificiosa ignorancia, evitándole sus fiestas y sus luchas, que se reservan á la gente matrimoniada. Sus conocimientos en artes y en ciencias son harto superficiales para que pueda utilizarlos, en caso de solterismo, para su sustento. Dedicar sus mejores horas á los trapos y á las labores de casa. Su libertad de acción se halla coartada por una serie de torpes prejuicios y críticas; y no puede, sola ó acompañada de jóvenes de su edad, no digo viajar, sino pasear por las calles de la ciudad. Hace poco ejercicio, lo que suele producirle clorosis y exacerbarle la histeria. Por su ignorancia forzada de hombres y cosas, suele tomar malos senderos su mujeril malicia. Por esa ignorancia y esa malicia, por esa especie de clorosis psicológico, por su falta de mundo y de acción, resulta incapaz de defender por sí misma su pudor con la energía de una antigua patricia. En un país en que una servil galantería se postra de rodillas ante la gracia y elegancia de las mujeres sin saber apreciar otras condiciones más útiles, la joven se empeña en ser superficial y frívola para no correr el riesgo de que su ciencia, su lenguaje y su criterio puedan tildarse de pedantes. Conceptúa un insulto que se la suponga *bas bleu*... *Horresco referens!* No siendo considerada por el hombre como un compañero confidente, colaborador y hasta émulo; no siendo tenida su psicología por igual sino por inferior, la mujer francesa, que constituye algo como una muñeca-idolo, no se cree obligada á echarse sobre sus hombros el peso de las responsabilidades de la vida. Su ideal es más bien ser una niña

mimada y casi irresponsable, que una hembra fuerte. Y su carencia de libertad y de fuerzas para ganarse por sí sola la vida, le hacen del matrimonio mal avenido un muy aceptable objeto de sus miras. Como recibe una dote relativamente alta, que se entrega á su marido, como el matrimonio se estipula por sus padres, hasta el punto de ser tenido por indelicadeza en un joven el dirigirse abiertamente á la niña antes que á aquéllos, y cómo el pueblo francés se caracteriza por cierto espíritu de avaricia, resulta ese casamiento, en la mayoría de los casos, interesado. Los norteamericanos llaman á los preliminares de esas uniones «de conveniencia», *the tale of gold*, «el cuento del oro»... ¿No importan, en realidad, una traición, una estafa, un «cuento del tío», que se hacen los novios á su propia felicidad, á su honor, á su patria?

Así como las niñas, también los jóvenes educados según el sistema francés, se casan frecuentemente por interés y consejo de sus padres. Unas veces, porque se prolonga artificialmente la tutela á una edad en que debiera haber terminado; y otras, porque cuando se sienten hartos de sus correrías y libaciones, pueden buscar un honroso retiro abusando impunemente de la ignorancia y la abstención del mundo en que se mantiene á las niñas casaderas... Esa ignorancia, que no es siempre inocencia, y esa abstención que, nunca es voluntaria, suelen ser circunstancias que impulsan á los jóvenes á desear el matrimonio, más que como medio de formar un hogar cristiano, como una escapada á su obligatoria reclusión de *jeunes filles*, para lanzarse en lecturas, teatros, bailes, exposiciones, bazares de caridad y otras diversiones de la vida social que su edad requiere y las costumbres les prohíben. El marido es entonces un Lohengrin que viene á li-

brarlas del hastío; pero su barca no llega impelida por el blanco cisne de las ilusiones, sino arrebatada por las pardas alas de las aves de rapiña. El cuarto de hora de tentación rabelaisiana, es, para esas pobres niñas, un mal momento de la vanidad, que, en ocasiones, más que sus galanes, sus padres aprovechan para imponerles un «buen partido». Son criaturas, y se las puede engañar con juguetes y diversiones. Bien pueden decir los madrileños que tienen tales prácticas, que cuando «un hijo de Adán da fin, una hija de Eva da comienzo». Y esta hija de Eva da comienzo uniéndose sin ideales nobles á un hombre á quien no ha elegido de su propio impulso y á quien acaso no la liga ni el vínculo de la simpatía; hambrienta de esas fiestas y goces de que tanto ha oído sin haberlos podido gustar; incapaz por su ignorancia de ocupaciones serias que distraigan su mente ocupada en las frivolidades del traje y otras pequeñas vanidades; y rodeada de ciertos «caballeros», que no han sido modelados, seguramente, según el patrón ideal de lo que los ingleses llaman un *gentleman*, ya que Tomás Arnold tanto se extraña sin escandalizar á Taine, de no haber hallado de ellos un solo modelo en Francia! Esos piratas galantes requerirán su amor propio tendiendo á su virtud toda clase de redes, peligros que ella afrontará cruzando el «mundo» del brazo de un marido que no la ha elegido por amor, que no ha encontrado en ella amor. Pero el amor es una necesidad psico-fisiológica tan tiránica, que, si no lo hallan en el hogar, uno y otro deberán, so pena de enfermedad ó desequilibrio, buscarlo, tarde ó temprano, fuera del hogar...

El cuadro desalienta. Veamos ahora el reverso, ó sea la manera como la *home education*, ó sea el espíritu

de lo que algún autor francés llama *education nouvelle*, produce el matrimonio, ó tiende á producirlo, en Inglaterra. El joven, que desde su más tierna infancia está acostumbrado á ejercitar su iniciativa inconsulta, á manejarse solo en sus dificultades, á costearse sus gastos con su trabajo y á una vida del todo independiente desde su mayor edad, es libre en absoluto de requerir en persona la mujer hacia quien su corazón lo impulsa, sin solicitar previo permiso de los padres de ésta. No hallará como obstáculo el absurdo prejuicio francés que le obliga á considerar tal paso indigno de la escrupulosidad de un caballero. Como no se dota á las niñas sino con una cortísima suma destinada á cubrir gastos menudos, llamada *pin-money* (dinero para alfileres), y como los padres dejan casi el total de su fortuna al hijo mayor ó á ciertos hijos varones, el interés no le será cebo, así como la necesidad no le fué aliciente. Formado en un hogar moral, vibra desde sus primeros años en su alma el anhelo de formarlo á su vez, anhelo que no ha sido desvirtuado por experiencias de concubinato, pues la sociedad y su familia son intolerantes al respecto. Jamás una madre inglesa ó alemana escucharía á su hijo las confidencias que soportara al suyo Mad. de Sevigné, y que aun repitiera á su propia hija. Los jóvenes mismos reprueban ciertas jactancias que en otros países son las más corrientes. La edad, el clima, el medio, la disciplina, el espíritu religioso, el patriotismo, los viajes, la costumbre de vivir gran parte del año en el campo, todo contribuye á que el varón mire el matrimonio bajo el punto de vista más elevado, y al *home* como el retiro más amable para curar las heridas que se reciben en las batallas de la vida y en los torneos de la vanidad.

Esto en cuanto á los hombres. No menos eficaz es á contribuir al eximio resultado el espíritu y la educación de la hembra anglo-sajona. Como su instrucción es vasta, sólida y práctica, como posee algún arte ó ciencia que pueden ser su profesión en caso de necesitar ganarse su diario sustento, no ve con horror la eterna soltería siempre posible. El estado *spinster* independiente por su trabajo ó por su fortuna, de «tia» trabajadora y libre, no es ridiculizado en Inglaterra, sino considerado como útil y noble. Sus estudios le hacen entreverlo como un *modus vivendi* no muy penoso y que puede darle alta consideración y notoriedad en las artes, la enseñanza, la literatura. En la última llegan á sobresalir más que en otros países, en cuya prueba citaría entre muchísimas, á las señoritas Thackeray, Gaskell, George Elliot, Carlota Bronté, Isabel Bronwning, María Coreli. Su experiencia del mundo y su admisión en la vida social, no las hace desear el matrimonio como un medio de clavar el diente en el fruto prohibido del cercado ajeno, ó de inmiscuirse en las diversiones que tanto gustan á las jóvenes de todas las razas. El ejercicio continuo fortifica su cuerpo, así como el régimen de libertad fortifica su espíritu. Hasta en las tablas, en medio de múltiples y poderosísimos excitantes, frecuentemente se conservan puras (suelen seguir la carrera como un medio de hallar un esposo de más alta esfera social), que á este respecto, la artista inglesa merece, sobre sus colegas de otras razas, los honores de una virtud... relativa. Virilmente fortalecida de cuerpo y espíritu, la mujer anglo sajona se lanza valerosa y despreocupadamente al mundo, á escoger, sirviéndose de complejos y variados *first* (la palabra es inglesa en todas las lenguas), el marido que le convenga, sin que haya peligro de que nadie abuse

de una debilidad que no tiene, ni de una inocencia exenta de malicia, pero llena de conocimientos y energías morales. Si en otras partes (¡oh bárbaros extranjeros!) el acto de engañar la inocencia de una soltera se suele reputar una «viveza», casi un mérito, en la vida social, ella sabe que eso, en su patria, se reputa una infamia. Así ella se da un lugar de camarada y candidato, que el hombre por su fiema, su respeto á la mujer y el aprecio de sus fuerzas, no trata de atacar con sus galanterías sino cuando lleva sanas intenciones. Bien sabe ella que, tanto como las costumbres, la protegen las leyes; que el jurado condenará al hombre que le dé palabra de casamiento y falte á su compromiso, aunque nunca cohabitaran juntos, por el solo delito de haberle mentido y robado un tiempo precioso (la juventud, *helas*) á pagarle una indemnización considerable, que le acarreará más provecho que ridículo. Porque el *humor* británico no ridiculiza la extravagancia, sino la inmoralidad. Cuando se halla sola entre hombres, está segura de que nadie la burlará, ni chocará, ni vejará en forma alguna, porque si un hombre la faltara, todos los demás presentes, por el espíritu de moral solidaria de la nación inglesa, eficazmente la defenderían. Por ello puede viajar sola, y entregarse, bajo la salvaguardia de la honorabilidad gentilemanesca de sus conciudadanos, á todas las tareas que le agraden. En Inglaterra, Irlanda y todas las colonias británicas se respeta, so pena de indemnizaciones, el contrato de esponsales. En Escocia, el casamiento se formaliza por el simple consentimiento de las partes, manifestado por escrito ó ante un testigo. Hay en la frontera anglo-escocesa, á pocas horas de Londres, una famosa herrería, la de Gretna-Green, donde se realizan, *per semper*, los matrimonios á que en Ingla-

terra ponen obstáculos las leyes. Basta la mutua voluntad expresada en un documento que allí se firma, ante el herrero, quien, en vez de echar la bendición á los novios, da un golpe de martillo sobre la fragua, para significarles que ya están casados. El cargo de herrero-sacerdote se viene heredando desde varias generaciones; constituye una costumbre y una tradición local. Los novios vuelven después á Londres, tan indisolublemente casados como si lo hubieran sido ante el registro civil y por el arzobispo de Canterbury. En Holanda, los novios, para conocerse mejor, suelen viajar juntos y solos; si en ese viaje se convencen de que no existe entre ellos verdadera «afinidad electiva», rompen, sin que sufra en lo más mínimo la reputación de la joven.

Aunque no se haya calificado jamás al pueblo anglosajón de «galante», ninguno sostiene mejor los fueros del sexo femenino, en razón de una moral muy lógica, que defiende lo indefenso contra lo ofensivo, lo débil contra lo fuerte... Hay en la galantería latina mucho de enemistad contra el sexo opuesto; en la sencillez sajona, mucho de fraternidad cristiana... Cuanto más donjuanesco es el tipo característico del hombre de mundo, menor es su consideración á las mujeres, sus deseadas víctimas; y la sociedad inglesa execra la egoísta silueta de Don Juan... Léase la vida de lord Byron, su poeta, cuya imagen ha sido excluida del zócalo de la estatua del príncipe Alberto, en Hyde-Parck... Déjese á un lado lo que pueda haber de hipocresía en este pudor ostentoso, y recuérdese su belleza moral, si sincero fuese, y su utilidad práctica. Sólo con tales principios es posible el espíritu individualista de la *home education* anglo-sajona y la fecunda expansión del feminismo, que aporta á la producción

nacional tantas nuevas fuerzas que otros ambientes esterilizan en una inacción forzada.

¡Felices las jóvenes que no ven en el matrimonio, el único rumbo posible de su vida! El dilema suele ser, en Francia, Italia, España y países similares, para la joven honrada, himeneo ó beaterio mogigato y estrecho. Porque el injusto y absurdo menosprecio que provocan las «solteronas» (*vieilles filles*), sobre todo si son pobres, las obliga á buscar un consuelo para su fuero interno, y hasta un baluarte para satisfacer su dignidad (*omnia vanitas*) en el fuero externo... ¿Y dónde hallar ese consuelo y ese baluarte sino proclamándose «elegidas» de Dios? Es decir, superiores á aquellos que estúpidamente las burlan, y á cuyas burlas ellas invocan á la Divinidad con estos términos: «Perdonadlos, Señor, que no saben lo que hacen». Ellas sólo saben lo que ellos hacen, y se proclaman superiores á su destino, y aun á sus detractores. Es justo. Es su revancha. Es la revancha fatal de su propia humanidad, vilipendiada y desconocida. ¿Cómo inculparlas entonces, pobres inocentes, de un fanatismo obligado que debería provocar en pechos varoniles más simpatía que desprecio? En los países de habla castellana, las costumbres han consagrado esta frase odiosa, que significa «no casarse»; «quedarse para vestir imágenes». ¿Por qué no propender á que se queden... para cualquier otra cosa, el magisterio, las artes, la literatura, la medicina, que sea de mayor utilidad social y equivalga á un mejor derivativo para llenar el vacío que la soltería deja en ellas mismas? ¡Qué busquen su lámpara, esas frágiles mariposas sin hogar, en otras actividades menos pueriles que el arreglo de altares, aun dentro de la misma piedad cristiana! ¡Cuánto más noble es la libertad de una hembra anglo-sajona, que